

Imágenes de la mujer: de Gea a María

Artistic representations of women: from Gaea to Mary

Ulierte Vázquez, Luz de *

BIBLID [0210-962-X(1998); 29: 183-200]

RESUMEN

La sociedad patriarcal ha creado muy diversas religiones en que se engloban mitos y leyendas sobre las que se fundamentan organizaciones sociales y tradiciones culturales.

En torno a dos enigmas centrales planteados por todas, el origen del mundo y de la humanidad, se reflexiona acerca del papel otorgado a la Mujer en el imaginario colectivo occidental, deconstruyendo la significación de algunas figuras como Gea (vida/muerte), Pandora y Eva (el conocimiento), las Amazonas y Lilith (libertad) y María (la imagen especular cristiana).

Palabras clave: Historia de las mujeres; Iconografía; Mitos y leyendas; Deconstrucción; Feminidad; Estereotipos.

ABSTRACT

Patriarchal society has created a great variety of religions in which myths and legends serve to nurture social organization and cultural traditions. By considering two central enigmas which have intrigued mankind for centuries - that of the origin of the world and of humanity - this paper offers some reflections on the role assigned to Woman in collective Western imagery. A deconstructive study of the meaning of such figures as Gaea (life/death), Pandora and Eve (knowledge), the Amazons and Lilith (freedom) and Mary (the Christian mirror image) is provided.

Key words: History of women; Iconography; Myths and legends; Deconstruction; Femininity; Stereotypes.

Hay tantas religiones como intentos colectivos de comprender el mundo, de desentrañar los misterios de la vida y el universo, de ordenar y trascender la existencia. En ellas se engloban los mitos básicos que informan las diferentes organizaciones sociales o tratan de explicar las contradicciones de la experiencia humana, las leyendas sobre las que se fundamentan las diversas tradiciones culturales.

Hay en todas ellas dos enigmas centrales: el origen del mundo y el de la humanidad.

* Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.

I.—El origen del Mundo

En cuanto al primero, la cosmogonía, en todas existe una acción que transforma lo preexistente, a partir de la cual nace una voluntad divina que da lugar al mundo. El cristianismo no se pregunta por el nacimiento de Dios (Elohim, Yavé): simplemente existe, es; el resto es la nada, la no existencia, y su voluntad y su palabra crean todo:

«Al principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gen.1.1.)

Este monoteísmo radical, originario y asexuado en principio, no existe en el resto de las culturas hasta donde yo conozco. En general preexiste algo: una materia eterna llámese caos, vacío, agua, yermo infinito o huevo cósmico, que encierra el origen total. Sea lo que sea, es una materia eterna e indiferenciada en principio, pero que contiene una pluralidad unida. Bien por una transformación y desarrollo, bien por una voluntad sacrificial, nace el mundo y, en ese nacer, la unidad primigenia se convierte en pluralidad, en diferenciación.

La primera diferencia necesaria para crear vida es dual, masculino/femenino, considerándose en líneas generales el principio masculino como celestial y terrenal el femenino.

Africa occidental y la India contemplan la existencia de un huevo cósmico. En Africa, este huevo, al emitir una cox, origina como en un eco su doble, que será el sexo opuesto: los gemelos primordiales así nacidos serán los progenitores del mundo. El huevo indio Purusha, flota sobre la aguas del caos; una vez crecido, se sacrifica para dar lugar a dioses, hombres y animales de su propio ser.

Un ser masculino es el origen de la vida entre los Maoríes y en México, China y Noruega. Mientras el rito sacrificial es voluntario en los tres primeros casos, en Noruega, Ymir (gigante bisexual) es matado por los tres dioses creadores, originando su cuerpo la tierra, su sangre el mar y el cielo su cráneo. Ometecuhtli (México), Pángú (China) o el ser maorí, tienen en común el ser entes compuestos, duales, que se dividen voluntariamente para dar lugar a cielo (masculino) y tierra (femenino), seres interdependientes y complementarios con diferentes cualidades, catalogadas en China a través de los principios del ying (femenino: humedad, oscuridad, blandura, frialdad, pasividad) y el yang (masculino: sequedad, luminosidad, calor, actividad).

En Sumer y Asiria son principios femeninos. También la diosa del mar Nammu da a luz voluntariamente en Sumer al dios cielo An, y a Ki, la diosa tierra, de los que nacen los demás dioses. La asiria Tiamat es el principio femenino del caos. Un dios celeste, Marduk, masculino, se impone a la diosa, matándola y dividiendo su cuerpo, origen de la bóveda celeste y la sólida tierra.

Los seres originarios del mundo pueden según estos ejemplos dividirse en tres bloques respecto a su género: duales, masculinos y femeninos. Sólo el dios judeo-cristiano es un dios asexuado, que la tradición y la imagen han convertido en masculino. Podemos preguntarnos el por qué.

«Cada sociedad mantiene una relación particular con el universo figurativo, se rodea de imágenes y tiene una visión específica de su propio universo, que cada tipo de represen-

tación elabora a su modo, según convenciones plásticas distintas y con una variedad de funciones que cumplir. Los modos de figuración varían según la naturaleza de los objetos, su función, sus usos o sus destinatarios. **La imagen no es espontánea, fotográfica, sino que se selecciona.** (Lisarrague, 1990).

¿Hubiera sido concebible en una sociedad fuertemente patriarcal como la judeo-cristiana del V a.C, seleccionar un ser ambiguo, hermafrodita o femenino como dios todopoderoso, creador de todo lo existente? La actual «traducción» a un doble género del dios de la Biblia quizás no pase de ser más que un episodio de lo «políticamente correcto», pero el sexo de Elohim no está explícito en la Biblia, sino que ha sido la sociedad quien ha diseñado una imagen de dios-hombre, el viejo dios padre de luengas y blancas barbas, Júpiter tronante y poderoso, uno aunque trino.

Gea, la Gran Indeterminada

Y puesto que a Júpiter mencionamos es conveniente recordar la cosmogonía clásica: de Caos, el Abismo, espacio infinito y tenebroso, surge por autogeneración Gea, la tierra. Es ella quien pare al cielo, Urano, a quien se une, naciendo las doce fuerzas elementales de la naturaleza que son los titanes (seis masculinos y seis femeninos) a quienes su padre, que los odia, va matando arrojando a las profundidades de Gea. La Gran Madre consigue salvar a Cronos, engañando al cielo, de modo que la segunda generación de primordiales pueden ver la luz. Son las sucesivas generaciones divinidades genéricas, femeninas en su mayoría y plurales, escasamente individualizadas y jerarquizadas (Moiras, Nereidas, Oceánidas, Erinias...). Sólo la Diosa Madre, la gran indeterminada, dadora de vida a la par que fosa sepulcral que vuelve a encerrar a todo lo viviente en su oscuro seno, preside el mundo. Vida y muerte, su fuerza simbólica, su omnipotencia —como la de Yavé— es de difícil representación en la imaginería religiosa. Adorada sin fronteras desde el inicio de los tiempos en el Paleolítico y Neolítico de Asia Menor y Europa antes de su definición por los griegos, ella es el origen en occidente, el arquetipo junguiano, la imagen interior inmutable eternizada en la psique humana. Como arquetipo vive en el anonimato impersonal. Como síntesis de vida y muerte, sólo la abstracción es capaz de representarla en toda su grandeza (caso de los ídolos oculados del Neolítico).

Sus hijos griegos y los hijos de sus hijos son ambiguos y ambivalente, nebulosos, húmedos, resbaladizos, híbridos obscenos como corresponde a una condición oscura y terrestre: los Primordiales.

No dura eternamente el reinado de Gea: su abstracción primigenia tiende a diversificarse en conceptos parciales más comprensibles, y se hace olímpica. Meter, Rea, Demeter, Tellus, diosas individuales, pero de algún modo genéricas e intercambiables (diferentes en esto a los dioses).

Pues que Tierra recoge en su seno toda la fertilidad y la vida, pues que acoge en él a los muertos, como símbolo del renacer se la representa en los sarcófagos romanos junto a Océanos, otro principio generador de la vida, apenas con medio cuerpo emergente, o bien

a través de Fortuna o de una joven con el cuerno de la abundancia rodeada de animales, entre los que a veces hay una serpiente (animal de Tetis, la usual pareja de Océanos).

Tomada la parte por el todo, la serpiente empieza a ser vinculada con Tierra, que la Iglesia cristianiza al igual que a Océanos: en el mundo carolingio se la empieza a representar nutriendo al animal (Figura 1) para figurar de este modo la maldición divina del Génesis:

«Por haber hecho esto
Maldita serás entre todos los ganados
y entre todas las bestias del campo.
Te arrastrarás sobre tu pecho
y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida» (Gen. 3.15)

Morder el polvo. La relación de Tierra nutriendo a la serpiente maldita conduce insensiblemente al traslado de la maldición a Tierra, que se transmuta en el símbolo del castigo y, por fin, en lo más maldito: el pecado de Lujuria, la transgresión por antonomasia que las mujeres cometen.

Este fue el uso generalizado que los clérigos europeos dieron a la fértil Tierra en el medioevo (Fig. 2) Más tarde, en el Renacimiento y Barroco, Tierra se recupera como símbolo de fecundidad, separándose de su imagen serpentina.



1.—Cristo, Tierra y Océanos. Tapas del Códice Lat. 4452, S. XI-XII. Bayerische, Munich.



2.—La lujuria. Capitel de S. Quirce. Burgos.

Cabe preguntarse por qué precisamente la trasgresión a las normas sociales en materia sexual es «el» pecado de la mujer. A mi modo de ver la explicación ha de basarse en una oscura lucha por el poder entre los sexos: Marduk mata a Tiamet; Elohim (plural con significación singular) se concibe como masculino; la serpiente Pitón es desposeída del Santuario de Delfos por Apolo; Zeus (hijo de Rea y de su hermano Cronos, nieto de Gea) gobierna el mundo. Han nacido los dioses olímpicos, individualizados, con preponderancia masculina, y débil y puntual resistencia femenina: cuando en el siglo IX- VIII a.C. Hesíodo crea la Teogonía, el universo olímpico masculino está asentado: se ha consumado la desposesión femenina.

Sólo queda un reducto que pudiera parecer privado en que lo femenino reina: la maternidad. Pero en una organización social cambiante en que la propiedad se empieza a organizar, también la herencia se organiza: del derecho materno conyugal se ha ido cambiando al paterno para asegurar la línea de filiación masculina. Para ello, el hombre deberá lograr de la mujer que sea «su» mujer. De aquí que surja una imagen dual de mujer: la fértil, casta, madre —la bondad—; la promiscua, puro sexo libertino, engañosa y provocadora —la maldad—. Crean así la cultura indoeuropea y judeo-cristiana la imagen prescriptiva, espejo en que toda mujer ha de mirarse- frente a la proscriptiva, el contramodelo, que ha de rechazar: María versus Lilith.

II.—La creación de la Humanidad

Un abismo separa la época histórica de los misteriosos comienzos de la humanidad, poblado en muchas culturas de seres que son una transición entre los dioses y los hombres. Hijos de los dioses, titanes o personificación de las fuerzas de la naturaleza, en cualquier caso son mortales, y por sus hazañas venerados como Héroe en cultos locales. De ellos se reclaman descendientes los diversos pueblos, y de su grandeza depende la grandeza del lugar.

Pandora y el Conocimiento

Prometeo es uno de ellos. Puede que él hiciese a los hombres (1), no se sabe bien si de piedras, árboles o arcilla y agua, pero sí que Atenea, con su hálito divino, les confirió el alma. Tampoco las historias se ponen de acuerdo en si vivían en un principio como animales y salieron de ese estado gracias a su esfuerzo y a los dioses, o si vivían en una edad de oro en comunidad con ellos, perdiendo ese feliz estado por su *soberbia* y convirtiéndose entonces en hordas salvajes. Pero lo que sí es unánime es que Prometeo roba el fuego sagrado y lo da a los hombres, que lo profanan en su uso para la vida diaria. El castigo de Zeus al titán no se hace esperar: encadenado a un peñasco, un águila devorará de día su hígado, que volverá a crecerle de noche para continuar con el suplicio. Apiadado, Heracles mata al águila y el Centauro Quirón accede a bajar al mundo de las sombras, sacrificándose así por Prometeo, que acaba reconciliándose con Zeus.

Pero el vengativo dios, aun consintiendo en que los hombres hiciesen uso del fuego, había cavilado otra más refinada venganza: enviarles un bello y engañoso objeto como regalo, una seductora mujer, hecha por Hefastos de tierra y agua, dotada de todas (Pan) las gracias (dora) por los dioses: Pandora, para que sea la esposa de Epimeteo. Con ella lleva una cajita con el encargo de que nunca sea abierta. Curiosa, la mujer la abre, y salen de ella todos los males. Asustada, la cierra: queda allí encerrada la esperanza.

Más tarde, Zeus, harto de los hombres, decide exterminarlos enviando un diluvio que dura nueve días con sus noches. Sin embargo, Prometeo avisa del hecho a su hijo Deucalión (nacido de Pirra, hija de Epimeteo y Pandora), que realiza un arca donde se salva, encallando en el monte Parnaso donde, tras un sacrificio a Zeus, le ruega la renovación de la humanidad. De las piedras que hay tras de sí nacerá otra raza de hombres.

Son tantas las concomitancias existentes con el relato bíblico, que es ocioso señalarlas. Sin embargo, me interesa en este momento subrayar varias cuestiones: primero, el pecado primigenio del hombre es de soberbia; segundo, la mujer es un don, un regalo (aunque envenenado) que los dioses dan al hombre; y por último: el hecho de la curiosidad de la mujer. Es ella la que abre la caja, es ella la que coge el fruto del árbol prohibido, es ella la depositaria primera del afán por saber.

A pesar de la posible riqueza que la historia de Pandora hubiese podido desarrollar en imágenes, la cultura clásica apenas llega a hacerlo: se prefieren las historias divinas a las humanas para trascender la realidad.

Tampoco la cultura cristiana se ocupa de ella especialmente como es natural, ni siquiera el humanismo renacentista, mucho menos el Barroco. Flaxman (1755-1826) será uno de los escasos pintores que la contemplan (Fig. 3). Será el siglo XIX, cuando se centran con claridad todas las maldades del mundo en la mujer, cuando Pandora salga de nuevo a la luz de la imaginaria masculina prerrafaelista (Fig. 4) o simbolista (2).

No sólo con la Biblia tiene concomitancias el relato de Prometeo y Pandora. En la cultura Inca, Viracocha crea un mundo oscuro cerca del lago Titicaca con gigantes que había hecho en piedra y a los que da vida. Su desobediencia lleva al dios a volverlos a su primitivo estado mineral, sobreviviendo tan sólo un hombre y una mujer, que fueron transportados a la morada del dios en Tiahuanaco (Arca). Por segunda vez, Viracocha va a crear la humanidad, pero ahora de barro, pintado con las ropas de cada pueblo. Les ordena bajar a la tierra y poblarla, dándoles para ello las costumbres y lenguas de cada nación (Babel).

Nada indica el tratamiento del relato inca de la primacía de algún sexo o de sus diferencias, como tampoco los de los pueblos del SE de América del Norte o Asia. Otras culturas sí lo hacen: para los Chibchas colombianos por ejemplo el hombre fue creado de barro y la mujer de cañas. En norteamérica, los Panús cuentan que Tirawa (Arco del Cielo), su deidad primordial, ordena a los dioses Luna y Sol que se unan para crear al primer hombre, y a las Estrellas Matutina y Vespertina lo propio para que nazca la primera mujer.

Pocos son sin embargo los que diferencian la primacía de la creación para uno u otro sexo. El primer «hombre» entre los Iroqueses y Hurones de los bosques fue una mujer, Atausia, hija de las Gentes del Cielo. Igual creen los Navajos. Griegos, romanos, judíos y cristianos piensan lo contrario.



3.—W. BLAKE, según Jh. FLAXMAN. Pandora presentada a los dioses. 1816.

Entre estas dos últimas religiones, la creencia además es que la primera mujer es un derivado físico del hombre —igual que los pueblos del Africa Central, que la creen de la rodilla izquierda masculina— a él supeditada (tema sobre el que más adelante volveremos):

«la mujer es gloria del varón, pues no procede el varón de la mujer, sino la mujer del varón; ni fue creado el varón para la mujer, sino la mujer *para* el varón»

(I Cor.9-11).

Las mujeres libres: las Amazonas

En contraste con esta supeditación, hay un mito que corre de la Amazonía a la Tierra del Fuego, y es que el mundo estaba dominado por mujeres en sus orígenes. Tupi (el dios brasileño) se enfadó y decidió invertir el tema, tomando para él a la mujer perfecta como esposa (a la que por cierto, aún sigue buscando). Mientras la encontraba, hizo que la virgen Ceucy concibiese un hijo de la savia de un árbol; éste, Jurupari, fue quien despojó del poder a las mujeres y lo entregó a los hombres. No contento con ello incluso preparó la muerte de su propia madre. En conmemoración de estos acontecimientos se realizan fiestas anuales en que las mujeres no pueden participar, so pena de muerte.



4.—D. G. ROSETTI. Pandora. c. 1874-1878.

¿Es lícito científicamente utilizar el mito como proyección del pasado real?. Es comúnmente aceptado que la Biblia relata aspectos históricos y culturales del pueblo de Israel, a los que apoyan otros documentos históricos, de una manera literaria. Si ello es así, lo que no es lícito es aceptar unos mitos y no otros. Debemos pues en mi opinión plantear la hipótesis de la existencia de un matriarcado originario en gran parte de las culturas, y desde luego en Oriente Próximo, cuna de nuestra cultura occidental.

En este sentido, las teorías que J. J. Bachofen expusiese ya en 1861 y sobre las que recientemente S. Georgoudi reflexiona, resultan reveladoras (3). Bachofen, que ubica el reino de la mujer en Egipto como último reducto, basa su teoría del matriarcado en la superioridad femenina tanto en su familia como en su sociedad, y en el hecho de que se contemplase tan sólo la ascendencia materna en el derecho familiar. Desarrolla la historia en dos etapas: matriarcal y patriarcal. En la primera, dos subetapas: una de vida nómada, telúrica y sin restricciones sexuales; la segunda, sedentaria, con creación de la institución matrimonial pero con derecho materno conyugal. El paso se daría por el abuso sexual del hombre hacia la mujer, que planta resistencia armada frente a ello (mito de las Amazonas). La segunda etapa es la de la desposesión: Dionisos lucha contra las Amazonas y las vence, entregándose ellas a los hombres en una ginococracia dionisiaca sin moderación. Es ésta una etapa de transición, que termina en la reordenación matrimonial bajo el derecho paterno.

La creencia en este pueblo de mujeres guerreras se situó en la antigua Grecia por el extremo norte, por Lejano Oriente, por Capadocia o entre los escitas, y también en Libia: en resumen, en lugares externos a la civilización creada por los hombres griegos. Mujeres sin ciudad, mujeres inversoras del orden olímpico, mujeres poderosas, libres (aunque en pago de su libertad hubieran de amputarse un seno) y guerreras, son confinadas idealmente a un mundo extraño, distinto y lejano, a «otro» mundo. Dioses y héroes, salvadores de la patria, han de combatir las en un rito iniciático: Heracles, Teseo, Aquiles, y por fin, Dionisos, acaban con su poder.

Su recuerdo aún permanecía en el siglo XI en Bohemia: mujeres guerreras que tomaban la iniciativa sexual y combatían a los hombres en guerras que acababan con la paz o en el matrimonio. En Rusia se cree que siguen cabalgando las Polenitsas en solitario: o mueren o se someten mediante el matrimonio aún.

¿No es lícito pues dar visos de realidad a este mito?. Su raíz bien podría ser la previa existencia que antes citaba de una sociedad matriarcal que paulatinamente, a la vez que va naciendo la propiedad privada, va cambiando de signo. La caída de las Amazonas, el cambio ya citado del Santuario de Delfos a favor de Apolo, o incluso como plantea Rentmeister (4) el paso de la arquitectura de formas curvas a las rectas que se produce en los orígenes de la cultura helénica, pueden ser signos del paso de una a otra forma de organización social.

«En la religión prehistórica, la esencia femenina es dominante. Las diosas han puesto en movimiento la historia de los dioses y un dios, Zeus, la detuvo» (5).

Lilith, la Amazona judía

Parece repugnar a la razón humana el adjudicar a Lilith, paradigma de la maldad, el papel de madre de la humanidad. Cualquier organización social que se precie no puede basar en semejante ancestro su origen, así que se dio paso a Eva, humana y dual. Pero ¿quién es nuestra hoy casi desconocida Lilith?

Según el Génesis, son dos las mujeres que Yavé crea:

«Dijose entonces Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen ya semejanza». Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra» (Gen. 1. 27-38) (6) «Hizo, pues, Yavé Dios caer sobre el hombre un profundo sopor; y dormido, tomó una de sus costillas, cerrando en su lugar con carne, y de la costilla que del hombre tomara, formó Yavé Dios a la mujer, y se la presentó al hombre.

El hombre exclamó:

«Esto sí que es *ya* hueso de mis huesos y carne de mi carne»

«Esta se llamará varona porque del varón ha sido tomada»

(Gen. 2. 22-23)

«El hombre llamó Eva a *su* mujer, por ser la madre de todos los vivientes» (Gen. 3. 21.) (7).

Subrayo dos palabras de estos textos del Génesis: el adverbio temporal *ya* y el posesivo *su*. Con éste, queda claro que Eva es propiedad particular de Adán, y a él supeditada. Respecto a «ya» ¿no puede significar la existencia de una anterior mujer, que no hubiese sido hueso de los huesos de Adán y carne de su carne?

Esta fue Lilith al parecer. Su nombre y existencia según Erika Bornay provendría de la Belit-ili o Belili que aparece en los mitos asirio-babilónicos: una diosa maligna y seductora, una devoradora de hombres similar a las Lamias de los Primordiales griegos.

La Biblia talmúdica recoge su creación e historia, pero la canónica la olvida, o —de ser la mujer creada en primer lugar tan a imagen y semejanza de Yavé como el hombre, y a la par que él— la deja innominada recién creada, sin volver a contaminarse más con su historia. Según la talmúdica, Lilith y Adán son una pareja francamente mal avenida en cuestiones sexuales:

«¿por qué he de acostarme debajo de tí?. Yo también fui hecha de polvo y por consiguiente soy tu igual», pone en boca de Lilith.

«Como Adán trató de obligarla a obedecer por la fuerza (recordemos a Bachofen), Lilith, airada, pronunció el nombre mágico de Dios, se elevó en el aire y lo abandonó».

Lilith desobedecerá a los ángeles del Señor que la conminan a obedecer, a someterse al hombre, y acabará engendrando con los diablos una estirpe de ellos (8). Y es que Lilith es una mujer libre e igual al hombre. No es su mujer, ni es el hombre quien la nombra —forma de apropiación en las creencias antiguas. Como igual, defiende su igualdad, su no subordinación, lo que acabará por convertirla en la madre de una estirpe de diablos, en la peor de las diablesas. ¡Pobre Lilith, amazona judía!

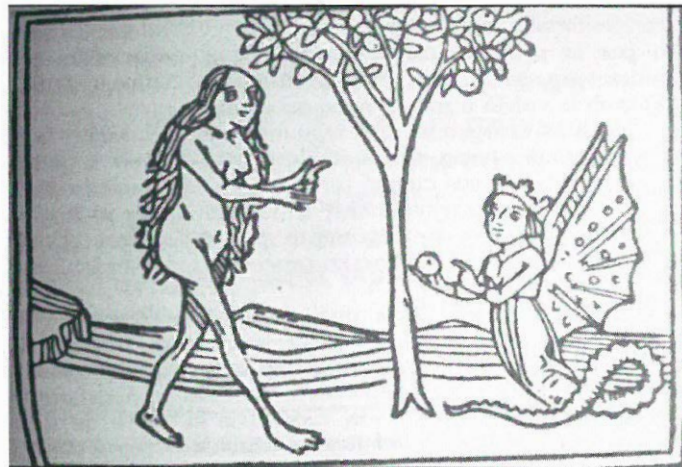
¿Cómo es posible que semejante figura aparezca como primera mujer en los mitos judaicos, tan fuertemente patriarcales? Al margen de la explicación más aceptada —la necesidad de una figura femenina a la que culpar de todos los males, explicación que nos plantea además la pregunta, retórica a estas alturas, de por qué precisamente femenina— no me resisto a recordar de nuevo el tema del primitivo matriarcado.

El último vestigio, no ya de una diferencia de poder vencida hacia el lado femenino, sino de una participación femenina en la res pública, lo podría representar en Grecia la rivalidad entre Atenea y Poseidón por dar nombre a Atenas. La votación de la asamblea de dioses (una divinidad, un voto) da a Atenea por vencedora por un voto de diferencia: Atenas llevará su nombre, pero, a partir de ese momento, y como castigo, las diosas no votarán: el gineceo, el espacio privado, será su pequeño mundo.

«Como en todas las iglesias de los santos, las mujeres cállense en las asambleas, porque no les toca a ellas hablar, sino vivir sujetas, como dice la Ley. Si quieren aprender algo, que en casa pregunten a sus maridos» (1 Cor. 35-37).

Son escasas hasta el siglo XIX las representaciones de Lilith como tal mujer realmente. La tradición hebraica recoge desde el siglo III diversas versiones (Zóhar de los cabalistas, el libro de Baruj, un Midrás del IX-X ... hasta llegar a la Walpurgisnacht de Goethe), pero la que cuaja en las representaciones figuradas en torno al siglo XII de la Edad Media cristiana la describe como una figura femenina, alada, de larga cabellera y cola de serpiente.

Este último aditamento puede hacerla asimilable al maldito reptil, hasta el punto de que en todas las representaciones de la tentación de Eva en que la serpiente tiene rostro de mujer viene citándose en la actualidad como Lilith. Como tal aparece en Augsburgo en un grabado de 1470 (Fig. 5): vestida y alada, una corona sustituye a su larga cabellera. Sin embargo, como serpiente, con cabeza de mujer coronada forma la inicial S tres años más



5.—Lilith. Augsburgo, 1470.

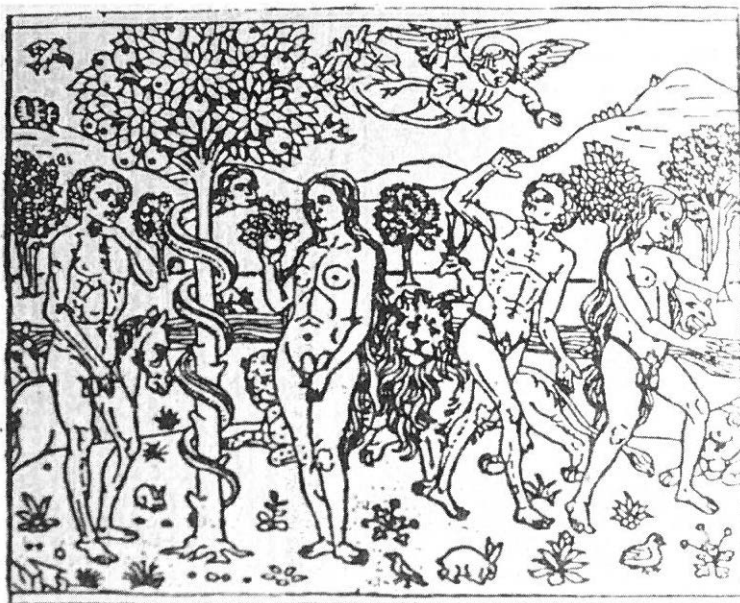
tarde en la edición de Ulm de *De Claris Mulieribus* de Boccaccio. Y en la Tentación de Cristo de la *Biblia Pauperum*, la serpiente enrollada en el árbol con cabeza femenina llevaba una muy clara inscripción: «Serpens». Esta forma de representación es bastante usual durante el siglo XVI: es la que aparece en el *Supplementum Cronicarum* de Granada por poner un ejemplo cercano (Fig. 6). Pero también simplemente se representa la serpiente como tal las más de las veces. En algunas ocasiones, la representación de la serpiente como mujer es más explícita: es el caso del Bosco (Fig. 7) o de Miguel Angel, dos creadores singulares, de vasta cultura, que han imaginado una serpiente con torso femenino y largo cabello. ¿Lilith?

«Guárdate de su hermosa cabellera, la única gala que luce. Cuando con ella atrapa a un joven no le suelta fácilmente»

dice Mefistófeles a Fausto.

«Si una mujer no se cubre, que se rape, y si es indecoroso para una mujer cortarse el pelo o raparse, que se vele». (1 Cor. 17).

Las Liliths que nos ofrece el siglo XIX (difícil época, con los primeros movimientos de emancipación femeninos y las iniciales controversias acerca de la planificación familiar) no se velan: ofrecen su cabellera amplia y bellamente desplegada en todo su esplendor (Fig. 8), hasta el punto de casi hacerse una mujer y reptil. Pero aunque la identificación decimonónica sea tal, no creo que hoy podamos hacer otro tanto con todas las imágenes que de la serpiente con rostro femenino nos ha legado la historia del arte occidental, ya que no



6.—Jacobus Philipus de BERGAMO, El pecado original. *Supplementum Cronicarum*. Venecia, 1486.



7.—EL BOSCO, Detalle del Pecado original.
Triptico de Viena.



8.—D. G. ROSETTI. Lilith, 1862.

poseemos el código identificador. Es más, en algunos de los ejemplos citados, explícitamente se nos «habla» de la serpiente, no de Lilith.

Lilith es la olvidada en nuestra cultura —al menos de manera explícita, ya que el Génesis es nuestra descripción popular de los propios orígenes—. Como Lázaro, sólo resucita a la voz, en este caso, de unos pintores especialmente literarios y extravagantes, hijos de un siglo en que las mujeres cuestionaron su papel social y organizan los primeros movimientos feministas, y, por ello, tan misógino que sería risible por grotesco, si no hubiese sido y fuese trágico.

Nuestra Madre Eva

Si convenimos en que la Biblia canónica —y por ende la cultura cristiana— hace caso omiso de Lilith, y vista pues la dualidad temporal y cualitativa que establece en la creación por Yavé de la primera mujer, cabe preguntarse por qué siempre las representaciones de su creación son coincidentes con la segunda versión.

Realmente no conozco ninguna representación de una mujer creada a la par que el hombre, lo que no quiere decir que no haya alguna, dentro de ella. Es ocioso dar un ejemplo del tipo

de imagen que existe del nacimiento de Eva, imagen que prolifera con ligeras variantes: el Dios Padre de luengas barbas a la derecha, Adán, durmiendo, a la izquierda, y Eva emergiendo de su costado izquierdo. Quizás una de las variante más curiosas sea la que el *Hortus Deliciarum* proporciona (Fig. 9): el árbol humano se dibuja, y bajo él, Adán en su sopor; a la izquierda, Dios sostiene la costilla. de Adán en alto, de la que está creciendo el busto de Eva.

Una vez pues nacida y dada como ayuda al hombre, viviendo desnuda, feliz y contenta al parecer en el jardín del Edén, va a llegar su momento estelar: la tentación de la serpiente y la llamada caída. En su diálogo con el animal, Eva es plenamente consciente de que Yavé Dios no quiere que coman «del árbol de la ciencia del bien y del mal» (Gen. 2-17) bajo peligro de muerte. La engañosa serpiente no la engaña tanto en realidad:

«No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conoedores del bien y del mal»

pues lo cierto es que, físicamente, no mueren, pero sí que tras comer «Abriéronse los ojos de ambos», llegaron al uso de razón, conocieron la diferencia entre el bien y el mal,



9.—Herrad de LANDSBERG, Creación de Eva, *Hortus Deliciarum*, Fol. 17. 1160-1170.

tuvieron la posibilidad de optar; a cambio, eso sí, de perder la irresponsable inocencia infantil y ser castigados por Dios de diversas maneras. Además de expulsados del Paraíso para que no comiesen también del árbol de la vida y alcanzasen la inmortalidad así, viene el resto:

«Parirás con dolor a los hijos
Y buscarás con ardor a tu marido
Que te dominará»

A partir de este momento quedan fijados los papeles de la mujer: madre, esposa dominada y ardorosa «buscadora» del hombre. Para éste queda el duro trabajo de la tierra, naturalmente el peor que se le podía ocurrir a un narrador de una sociedad agrícola. Claro que en esos papeles la mujer ha llevado la peor parte, ya que ciertamente ha sido ella siempre la que ha parido, y con dolor, pero también ha desempeñado duras tareas en la agricultura ... y en la industria, que por el momento no estaba prevista.

No puedo renunciar a transcribir los comentarios que los traductores Nácar y Colunga, revisados por una eminente Comisión de Escrituristas, hacen al respecto en la edición de la Biblia de 1979:

“16. La sentencia sobre la mujer responde a las penas que llevan consigo sus *oficios* de esposa y de madre.
19. En estas palabras de Dios a la mujer y al hombre resalta la diversa misión del uno y de la otra en la familia. La del hombre es ser *jefe* de ella y su *mantenedor*; la de la mujer, cumplir el *ansiado oficio de la maternidad*.”

Dado que la sociedad actual no es la del Génesis, quizás fuese el momento de revisar estos comentarios.

En cuanto al modo de representación del pecado original, tampoco son muchas las variables. Al margen del tema ya visto de las formas de representación de la serpiente, la más común en el Románico es la de utilizar un árbol no identificado como eje central, ubicando a Adán y Eva a cada lado. El Gótico precisa ya el árbol de la ciencia del bien y del mal como un manzano, lo que no parece tener una clara explicación. Gea había obsequiado con una manzana a Hera en sus bodas con Zeus como símbolo de fecundidad, e Iduna, antigua diosa nórdica, custodiaba las manzanas que conferían eterna juventud a quienes las comiesen, mientras en la tradición céltica eran símbolo del saber transmitido («ciencia del bien y del mal»).

Erotismo y fecundidad son los significados más extendidos popularmente. Algunos mitos septentrionales (caso de Freyja, diosa de los Vanir) asocian las manzanas con la segunda, aunque también los frutos secos, por lo que bien podría haber sido el árbol elegido un manzano o una higuera, árbol éste con cuyas hojas por cierto se cubren después precisamente Adán y Eva.

Unos y otras, pero más las manzanas, son citados en el hermoso poema de amor que es el Cantar de los Cantares:

«Confortadme con pasas, reanimadme con manzanas
que desfallezco de amor» (Ca. 2.5.)
«El perfume de tu aliento
es como el de las manzanas» (Ca. 7.9.)
«Como manzano entre los árboles silvestres
es mi amado entre los mancebos
A su sombra anhelo sentarme
y su fruto es dulce a mi paladar» (Ca. 2.3.)
«Yo te desperté debajo del manzano
allí donde te concibió tu madre» (Ca. 7.5.)

Desdeñando el simbolismo céltico, parece haberse establecido así una fácil relación entre un árbol considerado erótico y el pecado original. Sin embargo, y contra el parecer extendido por y en las imágenes religiosas, esta transgresión a la ley de Yavé no tiene nada que ver con la sexualidad, sino con la apropiación indebida del saber y del juicio (el fuego prometeico; la soberbia que termina con la Edad de Oro). De hecho, la unión carnal ya estaba previamente bendecida por Dios («Y vendrán a ser los dos una sola carne»), buscando la unión primitiva del origen del mundo

A partir pues del Gótico, generalmente se identifica el manzano como el árbol prohibido, en unas imágenes que desde esta fecha son algo más variables en los detalles, pero no en lo esencial. El Bosco, por ejemplo, da mayor protagonismo al diálogo con la serpiente, igual que Durero por lo general; Cranach hace que Eva dé la manzana a Adán con un coqueto gesto, lo que se repite muy a menudo. Adán —hecho aislado desde luego en la historia iconográfica de los roles— es generalmente un sujeto pasivo: claro que ya lo dijo él: «La mujer que me diste por compañera me dio de él y yo comí».

La actividad del mal queda por completo bajo la responsabilidad del elemento femenino, sea la serpiente o Eva. Alguna vez sin embargo esto no es así: el Adán del Pecado Original de Miguel Angel en la Sixtina (Fig. 10) es una figura activa que, al igual que la mujer, alarga la mano hacia la serpiente, y ello, a mi modo de ver, ennoblece la poco airosa imagen de nuestro común «padre» al participar también del deseo de saber y, en definitiva, de la libertad que supone el conocimiento.

El balance de Eva tampoco es mucho mejor, pues también ella trata de trasladar la responsabilidad recién adquirida de su acción a la serpiente, pero parece mayor su convicción. Humanos a la postre, la madera de la que Eva está hecha contiene los normales y ambigüos componentes que tenemos sus llamados descendientes.

III.—María, imagen especular

No es el caso de María. A la vista de la fructífera imaginería que ha despertado, podría pensarse que era la segunda protagonista —o incluso la primera— del Nuevo Testamento; pero no. Sólo Lucas le dedica alguna atención más, pero los restantes evangelistas apenas la citan (9). Lo que de ella nos cuenta la Biblia es pues más bien escueto: prometida al carpintero José, virgen aún, concibe sin unión carnal con su esposo por intervención divina



10.—MIGUEL ANGEL BUONAROTTI, Detalle del Pecado original, Capilla Sixtina, Roma.

(«la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra») (10); a la muerte de su hijo aparece junto a él, siendo acompañada por familiares y amigos tras el entierro. En definitiva: Virgen y Madre. En medio, una demostración del ascendiente que tiene sobre su hijo y de su fe en él en las Bodas de Caná, con la consiguiente aceleración de la hora de los milagros filiales. De nuevo Madre, Ama de casa preocupada por la intendencia, e Intercesora ante el Hijo. En base a estas ideas, el humanismo cristiano crea una imagen especular de perfección inalcanzable (virgen más madre). Es la elevación a un status moral ejemplarizante de la familia, la unidad fundamental (unidad de producción y consumo en la Edad Moderna), acentuada conforme se va difundiendo el estado moderno centralizado, organización ésta que profundiza la separación de los espacios público/privado, que se consuma en la segunda mitad del siglo XVIII y con el nacimiento de la burguesía industrial.

La exaltación del matrimonio y la subsiguiente maternidad, de las funciones domésticas, de la subsidiaridad y pasividad de la «naturaleza femenina». de la «mujer-mujer», son expresadas a través de unas imágenes que van desde la divinizada Madre/trono de Dios (Paleolítico, Bizantino, Románico) a la Madre/humana (Gótico, Renacimiento), la Inmaculada (Manierismo, Barroco) y la sacralización desde fines del XVII del ámbito más privado (Virgen niña, María aprendiendo a leer, cosiendo, etcétera).

Por cuanto estas formas de representación son sobradamente conocidas, sólo quiero subrayar la sublimación que en ellas se hace de la Maternidad, la Castidad y la Pasividad.

Hay, referente a este último punto, un episodio bíblico al que aún no me he referido: la Anunciación, sólo descrita por Lucas (1. 26-37). Una vez que ha oído a Gabriel, María acepta ser cubierta por la sombra del Altísimo:

«He aquí a la sierva del Señor; *hágase* en mí según tu palabra».

Las bellas anunciaciones del Renacimiento y Barroco, de Fra Angélico a Alonso Cano, y más tarde del XIX, repiten siempre este momento de la mujer humilde y pasiva: hágase en la sierva del Señor. La sublimación simbólica de estas cualidades hacia su esposo, son explicitadas con toda claridad por Pablo:

«La mujer es gloria del varón» (I Cor. 7)

«Quiero que sepáis que la cabeza de todo varón es Cristo, y la cabeza de la mujer, el varón» (I Cor. 3).

La humildad y obediencia en la perspectiva humana que el espejo mariano ofrece en la pintura, son rotas sólo en extrañas ocasiones, por ejemplo en Botticelli: en su Anunciación de los Uffizi (Fig. 11), María, de pie, muestra ante el ángel arrodillado su inicial y lógico rechazo

«¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?»

Es digno de reflexión el que esa su primera actitud no fuese castigada por el ángel, pues por una duda parecida Zacarías quedó mudo nueve meses (Lucas 1, 18-20). ¿Por ser la llena de gracia? ¿Porque a la mujer se le permiten preguntas dada su cortedad de pensamiento? De cualquier modo, la tipología botticeliana de Anunciación no prospera, ya que la interpretación de la Iglesia encamina la respuesta más a la sorpresa por la humildad mariana de



11.—S. BOTTICELLI, Anunciación, M. Uffizi, Florencia.



12.—Alejo FERNÁNDEZ, Virgen de los Navegantes, Reales Alcázares, Sevilla.

ser la elegida que a un razonamiento de orden intelectual. María mujer es así esposa —humilde, pasiva— y madre ejemplar.

Pero el uso social de su imagen va más allá: ella es la mujer salvadora, redentora de Eva, cuyo linaje aplastará la cabeza de la serpiente como Yavé Dios señaló; incluso llega a identificarla con la Mujer apocalíptica. Si no diosa mediadora (de las que el Cercano Oriente tantas poseía), sí hace esta función entre Dios y los hombres (Boda de Caná), a quienes protege (Fig. 12).

Si la humanidad ha sido definida como un animal simbólico, todas las actitudes y valores que los hombres históricamente han definido como buenas en las mujeres, la resume María. Ella es pues la bondad por antonomasia. Las cualidades que la historia del arte va mostrando de esta mujer son el paradigma conforme al cual las mujeres deben ser modeladas. Imagen especular pues, en la que nunca debemos olvidar su perspectiva histórica, y, como tal, creada por el hombre.

Granada, 1997-01.

NOTAS

1. Otras interpretaciones míticas asignan a Zeus su creación.
2. Pandora «renace» a las artes plásticas en episodios esporádicos del XVI francés, y se continúa de la misma manera en el XVII de los Países Bajos. Hasta fines del XVIII inglés y alemán, no adquiere un mayor —aunque relativo protagonismo. Vid. PANOFSKY, Dora y Edwin. *La caja de Pandora. Aspectos cambiantes de un símbolo mítico*, Barcelona: Barral, 1975.
3. BACHOFEN, J. J. *Investigación sobre la ginococracia del mundo antiguo, según su naturaleza religiosa y jurídica*, Basilea, 1861.
4. GEORGOUDI, S., *Bachofen, el matriarcado y el mundo antiguo: reflexiones sobre la creación de mito*, 1990.
5. RENTMESTER, C., *La cuadratura del círculo: la toma del poder por los hombres en las formas arquitectónicas*, Berlín, 1979. Citado por ERLEMANN, Ch., en *¿Qué es la arquitectura feminista?*, 1983.
6. W. OTTO, citado por LORAU, N., en *¿Qué es una diosa?*, 1990.
7. Luego nuestro plural Elohim/Yavé/Dios es macho y hembra después de todo.
8. Eva en hebreo significa vida, fuente de vida humana.
9. Véase respecto a esta historia de Lilith la obra de E. BORNAY *Las hijas de Lilith*, Madrid: Cátedra, 1990.
10. Lucas 1, 2-56; 2, 5-34; Mt. 1,16-20; 2,11; 13,55; Mc. 6,3; Jn. 2,11; 19,25) y en los Hechos de los Apóstoles, obra también de Lucas, reunida tras la muerte de Jesús con las demás mujeres «y con los hermanos de éste» (Ac. 1.14).